

prados, y las cumbres de los montes, y los fuegos del volcán, al encerrarse dentro de las regiones infernales. Pues los iniciados corrían y corrían hasta coger por lo vertiginoso de su carrera vértigos semejantes al que sintiera Proserpina en los bruscos estremecimientos de su raptó. Y luégo había que conmemorar también los viajes solitarios de la madre infeliz en busca de su hija. Yo guardo siempre con tristeza en mi memoria de la niñez el recuerdo elegíaco de aquella procesión, que nosotros llamábamos procesión de la Soledad. Envuelta la Virgen María en su negro manto de duelo, veíanse solamente las pálidas manos cruzadas como las de un cadáver, la faz mortecina y de agonía, los siete puñales clavados sobre su corazón de madre. ¡Cuántas veces no vi en aquellos sitios donde comenzaba mi sensibilidad á brotar, las pobres mujeres retorciendo al dolor sus brazos y pidiendo á la Virgen morir ellas mil veces antes que sus hijos! En estas procesiones eleusinas llevaban los iniciados también, como en nuestras procesiones católicas, velas y antorchas. El sexto día era el más brillante de todos, porque los fieles trasladaban la efigie de la diosa desde Atenas á Eleúsis. Atletas desnudos celebraban ejercicios gimnásticos de tal precisión y belleza, que los seguían y los estudiaban el arquitecto para sus canéforas, el escultor para sus esta-

tuas; imágenes preciosísimas de la diosa y toda su familia iban en andas, coronadas de mirtos y circuídas de hachones; en paradas ó descansos dispuestos para variar el espectáculo deteníase la procesión, y los músicos tocaban la flauta ó tañían la cítara, mientras los aedos ó cantores dirigían al cielo armoniosos himnos y danzaban las vírgenes, trenzando las danzas con guirnaldas y componiendo proporcionados grupos hasta que, al llegar dentro del templo, la fiesta se remataba en transiciones violentísimas de la oscuridad al éter como la semilla pasa del surco al aire y como los muertos del sepulcro á la inmortalidad.

Ceres personifica, pues, todo cuanto hay de fecundo en la tierra vegetal. Ella transfunde la savia por los tallos, por las cortezas, haciéndose chupar de las raíces que ahondan en lo frío y oscuro, á fin de luégo espaciarse allá en el cielo por medio de sus copas, de sus ramajes, de sus frutas y de sus flores. Así Grecia representó á Ceres casta, pura, con la serenidad propia de una matrona en su madurez, con la fuerza correspondiente á la trabajadora campesina, calzada de fuertes sandalias convenientes á una viajera, los animales más fecundos á sus piés, la corona de áureas espigas en sus sienes, el ramo de adormideras en la una mano, y en la otra el fuego creador que anima, y acalora, y ali-

menta, y nutre todos los seres en la creación universal. Nada más propio de pueblos adheridos al campo y consustanciales casi con la naturaleza que su culto religioso al trabajo agrícola. Hoy, dueños casi de las fuerzas naturales, habiendo encontrado en el globo algo de las alas del pájaro, en la máquina del buzo algo de las respiraciones del pez, en el vapor auxilios y cooperaciones á nuestro esfuerzo como no podíamos ni siquiera soñarlos, en la chispa eléctrica fulminantes cetros de rayos y centellas parecidos á los que antes empuñaban allá en sus alturas los dioses, con tantos instrumentos como entrega al arbitrio nuestro la materia y con tantas fuerzas materiales como se suman á las humanas fuerzas, no podemos comprender lo que valdría para el hombre primitivo, con crueldad por la naturaleza tratado, su implacable madrastra, la invención de aquella lumbré al pedernal extraída, y de aquellos arados cuya punta hendía el suelo, y de aquellas innumerables semillas que arrojadas sobre los terruños á una subían en tallos verdes al aire y acababan por coronarse de áureas y fecundas espigas. No debe, pues, extrañarnos que la imaginación ardiente y creadora de los pueblos en aquel tiempo convirtiera estos tránsitos de la simiente á tallo, del tallo á flor, de la flor á fruto, en el círculo cíclico y poético de tantos dramáticos viajes. Proser-

pina es la simiente que cae sobre la tierra y se oculta en el crudo invierno á los helados soplos del cierzo, en el terruño, bajo la humedad de las lluvias y el frío de las nieves, así como Ceres por sí es la tierra fría, desolada, invernal, el suelo sin verdor, el nido sin pájaros, el árbol sin hojas, el prado sin flores, el cielo de las nubes y de las nieblas sin luz y sin estrellas. Bien había menester el pobre labrador que unciera los bueyes, ahondara los surcos, esparciera la semilla, una poesía consoladora y una religión altísima que idealizara sus dolores y sus afanes en la estación de las siembras, sus esperanzas en la estación de los brotes, sus satisfacciones en la estación de las cosechas.

Verdaderamente aquella semilla que se oculta en el surco y se pudre y descompone á las acciones químicas de nieves y lluvias; que luégo extiende sus raíces tiernas y blancas en el surco abierto por el arado; que más tarde brota, y crece, y vibra en verdes cañas de trigo; que luégo se corona de robustas espigas, las cuales al calor del sol se doran y se maduran hasta caer en la siega bajo la hoz y pasar en haces de los sembrados á las eras, en espuertas de las eras á los trojes, en sacos de los trojes á los molinos y de los molinos á las artesas donde el pan se amasa, de las artesas á los hornos donde el pan se cuece para nuestro alimento ¡ah! esa buena semilla,

desde que cae sobre la tierra hasta que se disuelve por la nutrición en nuestras venas, hace un viaje inmenso, como el de los astros por las alturas, verifica una serie de metamorfosis tales, y deja en su camino un riego de beneficios tantos, que bien merece todos los esmaltes del arte y todas las idealizaciones del dogma. Poned á un lado el puñal, el sable, la espada, el cetro, la corona de los reyes ó los instrumentos de los ejércitos, y decidme si pueden compararse con el yugo, con el azadón, con el arado, con la hoz, con el trillo y con el molino. Participemos con Ceres del dolor que le causa la tristeza, la soledad, la desolación de los campos, cuando las hojas se caen, cuando las golondrinas se van, cuando las abejas se callan, cuando las mariposas se hielan, y participemos también de sus alegrías cuando las golondrinas vuelven, y los nidos y las flores brotan, y los ramajes susurran, y los ruiseñores cantan, y la florescencia universal de risueña primavera promete al estío y al otoño larga cosecha de copiosos frutos. El regreso de Proserpina, hermosa y joven, al Olimpo, está pintado mil veces en los vasos antiguos. Algunos representan dos secciones en el mismo plano. Arriba está Júpiter asentado en la cumbre del Olimpo, con cetro concluído por un aguilón, volviendo la cabeza coronada de laureles para contemplar á Proserpina, que Mercu-

rio acaba de traer y de colocar á su lado. La joven reina de los infiernos lleva el traje aéreo de las novias helenas, y tiene junto á sí la primavera, indicándole con sus brotes y con sus capullos cómo ha llegado la hora de reever á su madre Ceres. A los piés de los dioses, en la segunda sección, abajo, vese á Triptolemo, el primer agricultor, en carro alado, del cual tiran dos serpientes, llevando en las sienes una corona de mirto, signo de la iniciación, y en las manos un haz de áureas espigas, signo de la fecundidad y abundancia del planeta. Ceres, envuelta en traje sembrado de astros ofrece nuevas espigas al agricultor, mientras la tierra presenta el hidromiel á las culebras, que significan las transformaciones traídas por el trabajo, y Hécate sombría, diosa infernal, ostenta con su antorcha la luz significativa de los resplandores del día huyendo súbitos del negror de la noche. Y á los piés de todos vese un narciso, planta producida por Plutón en los campos de Nisa para seducir á la diosa y llevársela consigo á los infiernos. Tras todo esto, nadie se maravillará de que represente Ceres, no tan sólo el viaje de las semillas en los círculos vitales, sino el viaje de las almas desde las riberas del tiempo á los abismos de la eternidad. Todos hacemos ese viaje, del cual ninguno vuelve; pero así como el grano de trigo, disuelto por la piedra de moler, se

torna, tras su pulverización, en alimento, el sér humano, caído en el sepulcro y descompuesto por la muerte, se torna espíritu beatífico, luminoso y eterno.

## DAFNE

Hemos presentado en la figura de Ceres los tiempos, que podríamos llamar divinos, de Grecia, y ahora vamos á presentar en la figura de Dafne los tiempos que podríamos llamar de transición á las edades heroicas. No debe olvidarse nunca jamás, al penetrar dentro de la civilización helena, cómo reina desde las profundidades más insondables del abismo terrestre hasta las profundidades más insondables del cielo azul aquella religión antropomórfica, la cual reviste con las formas humanas lo mismo á los seres naturales que á los seres sobrenaturales, y les da, no sólo el aspecto nuestro, sino la vida, y asaz las pasiones de tal vida, impulso, animación y movimiento. La motilla de tierra como la idea del humano cerebro, las especies animales como los dogmas religiosos, la humanidad y la divinidad, la naturaleza universal y el universal es-